

HISTORIA DE LA GLOBALIZACIÓN

José Luis Méler y Ugarte

Doctor Ingeniero Industrial.

El ser humano camina sobre dos pilares que llamamos pies. La sociedad humana, a su vez, se desarrolla sobre la concordia o la discordia de dos soportes. En la vertiente del desarrollo económico para nuestra última generación la discordia se fraguó entre la economía libre o capitalismo y la economía intervenida o comunismo. Superada esta fase, el desarrollo se presenta bajo las alternativas discrepantes de globalización y antiglobalización (véase nota, p. 29).

En definitiva, esta bipolarización corresponde a la teoría filosófica de la Historia entre tesis y antítesis, cuya antinomia se deberá conciliar con la antítesis; es decir, la armonización entre los dos mundos enfrentados en el conflicto.

¿Globalización o mundialización?

Etimológicamente son expresiones equivalentes. Tanto globalización como mundialización se refieren a la tierra en la que habitamos todos los hombres; el género humano. Pero la palabra mundialización puede ser útil para poner de relieve que la globalización, que es un fenómeno que ha beneficiado a todos los países que han participado en él, el único defecto que tiene es precisamente que no es suficientemente mundial. Es decir, que hay demasiados países del mundo —los que llamamos del Tercer Mundo— que no participan de los beneficios de la globalización, de una parte, por no reunir las condiciones políticas y económicas necesarias para acceder al libre mercado y, de otra parte, porque los países globalizados —los países ricos— no siempre están dispuestos a abrirles, en todos los campos, las puertas de entrada a la globalización.

¿Qué es la globalización?

Un concepto tan moderno como el de globalización se ha utilizado tanto y para cosas tan diferentes que, al mismo tiempo que se ha popularizado, ha perdido rigor. Se ha desgastado. Conviene, pues, empezar por el principio y explicar qué es lo que se quiere decir cuando se habla de globalización. La definición más general es la de que:

«La globalización es la revolución de la comunicación entre seres humanos, que los ha hecho más interdependientes entre sí.»

Pero este tratamiento de la globalización es tan genérico y tan ingenuo, que no ayuda a explicar por qué es tan controvertida y levanta tantas pasiones. Pasemos al otro extremo: la definición más científica es la que ha hecho el Fondo Monetario Internacional

(FMI), una de las instituciones multilaterales más implicadas en el proceso de globalización realmente existente:

«La globalización es la interdependencia económica creciente del conjunto de los países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al tiempo que la difusión acelerada y generalizada de la tecnología.»

Ahora bien, quizá sea la definición más científica, pero no la más exacta, porque hace de la globalización un asunto meramente económico, lo que es reduccionista. Esta definición del FMI es demasiado intrincada; no ayuda a explicar qué es lo que está pasando, ni por qué despierta tanta polémica. Parece un concepto estrictamente técnico —digno de economistas— ausente de la reflexión del resto de los ciudadanos. Pero la globalización nos afecta a todos y, desde luego, no es un fenómeno estrictamente económico, sino mucho más amplio.

El gran historiador francés Fernand Braudel que, a finales de los años setenta del siglo XIX, dedicó muchas de sus fuerzas intelectuales a estudiar la mundialización —como antes era conocida— escribió en una de sus obras:

«La historia económica del mundo es la historia entera del mundo, pero vista desde un solo observatorio: el observatorio económico. Elegir este observatorio es privilegiar de antemano una forma de explicación unilateral y peligrosa.»

Intentémoslo de otro modo:

«Se trata de un proceso de naturaleza política, económica y cultural por la cual las políticas nacionales tienen cada vez menos importancia y las políticas internacionales, aquéllas que se deciden en centros más alejados de la vida cotidiana de los ciudadanos, cada vez más.»

Es ésta una definición intencionada, mucho más amplia, inclusiva de todo lo positivo y lo negativo que incorpora la globalización. Si así fuera, el primer efecto de la globalización es más político que económico, y se vincula con la esencia del sistema en que aspiramos a vivir: la democracia, la sociedad de libertades políticas, económicas y sociales. Independientemente de los beneficios a que dé lugar, hay un alejamiento de los ciudadanos de las principales decisiones que se toman en su nombre, lo implica debilidad de la democracia y falta de calidad de la misma. Los ciudadanos no se sienten representados por quienes toman las decisiones últimas, por quienes se reúnen y marcan las tendencias, los caminos por los que va a ir la humanidad.

Lo principal de la globalización, su esencia, no es lo instrumental, lo que favorece o lo negativo, a quiénes favorece o a quiénes perjudica. Eso es muy significativo, pero lo central es que es un proceso que no hemos decidido los ciudadanos, que no hemos votado y que, no haciéndolo, nos perjudica como tales —aunque pueda beneficiarnos como consumidores—. Lo principal es que nos distancia de la participación ciudadana, nos anestesia de lo público, de lo colectivo, etc.

Y si no son los ciudadanos los que deciden su futuro y su presente, ¿quiénes son los que lo hacen? Aquí aparece una misteriosa e irremediable apelación a «los mercados», compuestos de miles de millones de personas anónimas que, por simple agregación, ase-

guran que lo que va a ocurrir es lo mejor que puede ocurrir. Es la versión perfeccionada y sofisticada a principios del nuevo milenio de lo que el padre de la economía, el escocés Adam Smith, llamó en el siglo XVIII, la *mano invisible*.

Para los apologetas del «mercado», el incentivo fundamental de toda actividad, no sólo de la económica, es el interés individual: conseguirlo asegura el máximo bien público, pues «no hemos de esperar que nuestra comida provenga de la benevolencia del carnicero, ni del cervecero, ni del panadero, sino de su propio interés. No apelamos a su humanitarismo, sino a su amor propio». Cada ciudadano es, por naturaleza, el mejor juez de su propio interés y debe dársele libertad para satisfacerlo, puesto que así, en una especie de armonía natural que se rompe cuando hay intervenciones públicas, impulsará el bien común; al buscar su propio provecho, cada individuo «es conducido por una *mano invisible* que lleva a que las acciones emprendidas por interés propio confluyan «en resultados globales, en la obtención del dividendo social, del producto de la actividad económica de la sociedad. Todo bajo el imperio de las leyes naturales, sin intervención del príncipe... Jamás he sabido que hagan mucho bien quienes simulan el propósito de comerciar por el bien común».

Tiempo después, el médico holandés Bernard Mandeville escribió: *La fábula de las abejas* y que se subtitula explícitamente con su tesis: *Los vicios privados hacen la prosperidad pública*. Mandeville defendía que los asuntos comerciales son más afortunados cuanto menos regulados están por los gobiernos, y que las cosas tienden a encontrar por sí mismas el equilibrio que mejor les conviene; el egoísmo sin trabas de cada individuo interviene en la sociedad de manera tan recíproca que ésta se ajustará por sí misma y redundará en beneficio de la comunidad. En cambio, una intervención del Estado tendería a trastocar la delicada armonía de la sociedad. La «mercadolatría» es una especie de metafísica económica que absolutiza el mercado como panacea de todos los problemas.

Los apologetas del «mercado» son los llamados neoliberales: «los mayores globalizadores de lo económico». Los sucesores de Smith y Mandeville amplían la necesidad de unos mercados ímpecables a otros órdenes de la vida (la sanidad, la educación, la protección social, etc.) diferentes de los comerciales o financieros. Por ello, cada vez que se matiza sobre la globalización realmente existente se la califica de *globalización neoliberal*.

Si la globalización depende más de los «mercados» que de las decisiones de las personas —directamente a través de los representantes libremente elegidos— se pone en cuestión el concepto mismo de democracia, tal y como lo conocemos.

¿Qué es el neoliberalismo?

Los fundadores del liberalismo establecieron su teoría en los famosos principios de *Laissez faire et laissez passer* declarando la autonomía absoluta de cada uno de los campos de la actividad humana. El neoliberalismo pone bridas a los principios citados para encarrilar la dirección múltiple, como la rosa de los vientos al tren del proceso humano.

El neoliberalismo es una corriente de pensamiento y una práctica política, que tomó fuerza a finales de los años setenta y de los ochenta, que da prioridad a las soluciones de mercado para todos los problemas económicos y sociales de nuestro mundo. Es un discurso y un programa de acción que difunden e imponen economistas y políticos para dar

a los mecanismos de mercado más importancia, más libertad y más fuerza en nuestra sociedad a expensas de la intervención de las autoridades y de la sociedad civil en el funcionamiento de la economía y en los sistemas de protección social. El profesor del Colegio de Francia, Perre Bordieu, lo definía como:

«Un programa de destrucción de las estructuras colectivas capaces de obstaculizar la lógica del mercado único.»

El neoliberalismo implica una tendencia intelectual y práctico-política a primar, es decir, a estimar más y fomentar preferentemente las actuaciones económicas de los agentes individuales, familias y empresas —sobre todo de las grandes empresas— en los mercados que operan. Se prefiere la acción individual a la acción de organizaciones, sean informales —como el grupo de los pensionistas— sean formales —como sindicatos y asociaciones de consumidores, asociaciones políticas (partidos) y gobiernos—. Por eso, el neoliberalismo hace tanto hincapié en todo lo que garantice la libertad de acción de los agentes individuales en la economía, sobre todo, en lo referente a la propiedad privada e irrestricta de los medios de producción y a las ganancias derivadas de los negocios. Para los neoliberales, la plena libertad de acción económica es una garantía de la libertad personal —por lo menos, eso es parte de su argumento— una condición indispensable para el crecimiento personal en responsabilidad y una necesidad para el uso eficiente de los talentos individuales y los recursos colectivos de la sociedad. «La racionalidad se identifica con la racionalidad individual».

Se le llama neoliberalismo —y no liberalismo a secas— porque surge en un contexto diferente al que había cuando surgió el primer liberalismo o liberalismo original en los siglos XVIII y XIX. En aquellas épocas, el término liberalismo significaba, en primer lugar, libertad personal frente a los antiguos regímenes de la monarquía absoluta. En segundo lugar, y en el mundo de la economía, liberalismo era sinónimo de libertad de comercio, decisión del trabajo, eficiencia y progreso. En cambio, el neoliberalismo nace y crece en sociedades plenamente democráticas, en las que el liberalismo político —con alternancia del poder— es un hecho consumado, en las que los derechos sociales y laborales son plenamente reconocidos.

A diferencia del liberalismo original, el neoliberalismo nace en sociedades cuyas actividades económicas están ya básicamente organizadas en torno a mercados libres, aunque regulados y a veces intervenidos por las autoridades. La economía en ellas es —con alguna limitación— una economía de mercado, aunque por razón de la presencia de las autoridades y de los agentes sociales en las tomas de decisiones se la conoce como economía mixta. Esta diferencia sustancial de las circunstancias en las que nacieron el liberalismo original y el neoliberalismo moderno hará de las dos corrientes cosas muy diversas, hasta el punto de que se dude seriamente de que el neoliberalismo tenga algo que ver con el liberalismo clásico de los grandes maestros de la economía británica de los siglos XVIII y XIX.

La globalización empezó hacia 1850

Las dos globalizaciones, la que tiene lugar entre 1850 y 1914, y la que empezó hacia 1950 —y está en vigor al día de hoy— han respondido, en el fondo, a las mismas causas. La primera fue debida —por un lado— a las políticas de apertura practicadas por

los gobiernos de los distintos países, que supusieron una fuerte reducción de las barreras arancelarias y —por otro lado— a la aparición de nuevas tecnologías que produjeron una importante reducción del tiempo y del coste del transporte. Esta globalización de la economía, en la segunda mitad del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, acompañada de la libertad de movimientos de capital, se tradujo en un gran desarrollo del libre comercio y en un gran movimiento migratorio, favorecido por la inexistencia —en aquel entonces— de controles gubernamentales a la inmigración.

Como botones de muestra de una y otra, baste decir que entre 1870 y 1913, el crecimiento del comercio mundial (3,5%) superó ampliamente al del producto real (2,7%), con una muy elevada participación en el Producto Interior Bruto (PIB) de la suma de exportaciones e importaciones. Y que, entre 1850 y 1914, 60 millones de personas emigraron de Europa a América, de forma que la fuerza laboral en el Nuevo Mundo creció un 49%, mientras que en el Viejo Continente se redujo un 22%. El resultado fue que en Europa, ante la escasez de mano de obra, los salarios subieron, al tiempo que en los países emergentes, el aumento de la productividad permitió también un aumento de los salarios reales. Como conclusión, desde un punto de vista social, la primera globalización produjo resultados satisfactorios.

Desgraciadamente, a partir de 1914 y hasta 1950, esa tendencia favorable se vio truncada por la destrucción del sistema económico y financiero internacional a causa de las dos guerras mundiales, por la desaparición del patrón oro; por la adopción de medidas proteccionistas —sobre todo arancelarias, por parte de los gobiernos—; y por la implantación de severas restricciones a los flujos transfronterizos y a la libre circulación de personas. Por todo ello, la globalización quedó frenada.

Tras este paréntesis producido por las dos guerras mundiales, prosiguió, especialmente desde 1950 y actualmente se acelera, a consecuencia de los nuevos avances tecnológicos en el campo de la Comunicación y de la Informática. Estos avances han permitido la apertura de nuevas vías para la organización de las empresas a escala mundial, con mayor eficiencia e integración internacional.

¿Cuál ha sido el efecto de la globalización sobre el bienestar de las personas?

Aceptando que la mejora del bienestar material depende del crecimiento económico, para responder a esta pregunta será bueno ver cómo ha evolucionado el PIB *per cápita*, a lo largo de la globalización, de la economía, en los países que han podido participar en el proceso. Pues bien, en dichos países, la experiencia histórica demuestra que en los periodos de globalización el crecimiento del PIB *per cápita* ha sido más elevado que en los periodos del proteccionismo:

- De 1820 a 1870 el crecimiento anual fue del 0,9%.
- Entre 1870 y 1913 la primera globalización lo impulsó al 1,4%.
- Entre 1914 y 1950 cayó al 1,2%.
- Entre 1950 y 2000 la segunda globalización lo ha vuelto a empujar, alcanzando el 3%.

Es evidente que, la diferencia entre la renta *per cápita* de los países ricos y la de los pobres se ha ido agrandando a medida que la globalización avanzaba. Este hecho nos servirá para sacar algunas conclusiones constructivas.

En primer lugar, nadie ha podido demostrar convincentemente que la globalización sea la causa del aumento de desigualdad y, en segundo lugar, que equiparar desigualdad con pobreza supone un grado notable de confusión mental y un desconocimiento no menos sorprendente de la historia económica. Realmente, lo que importa no es reducir las diferencias de renta, sino la reducción de la pobreza, y la verdad es que la globalización y en general, la economía de mercado, lo está haciendo bastante bien.

En el año 1950, el 80% de la población mundial era pobre de solemnidad; hoy todavía lo es el 30%, una proporción muy alta, pero 50 puntos inferior a la vigente al inicio del proceso de globalización.

¿Pero cómo reducir —hasta hacerla desaparecer— la pobreza que afecta a los países del Tercer Mundo?

Sencillamente, haciendo entrar a estos países en la globalización, cuyos beneficios —como acabamos de ver— son patentes para todos los que han podido participar en ella. Porque el problema de la globalización es que «es escasamente global», ya que son todavía demasiados los países que no participan en la globalización, y ésta es la única causa de su atraso y nivel de pobreza.

¿Cómo lograr que los países menos desarrollados se introduzcan en la globalización?

En primer lugar, haciendo que los países desarrollados no se opongan a ello. Logrando que, abandonadas las hipócritas objeciones sobre el pretendido *dumping* social, los países ricos abran de una vez las fronteras a las primeras materias y productos elaborados de los países pobres. «No se trata de ayudar a estos países con donativos», dejemos de hacerlos objeto de nuestras obras de misericordia para verlos como personas capaces de construir su propio futuro, si alentamos su creatividad y les permitimos participar en el comercio mundial.

Ahora bien, para que los países pobres puedan entrar en la globalización es preciso que estos países tengan:

- Derechos de propiedad bien definidos y protegidos por la Ley.
- Estabilidad monetaria y presupuestaria.
- Fiscalidad no confiscatoria.
- Mercados de factores y de productos no intervenidos.
- Libertad de comercio y de movimientos de capital.
- Y, un Estado limitado pero fuerte, garante de la paz interna, del imperio de la ley y de los derechos individuales.

En una palabra: libertad económica.

The Heritage Foundation y *The Wall Street Journal* elaboran un índice de libertad económica para 155 países, basados en 10 factores definitorios de la libertad económica. Atribuyendo puntos a cada uno de estos factores, se obtiene el índice en el que los países resultan clasificados como de:

- Economía libre (de 1,00 a 1,95).
- Economía mayormente libre (de 2,00 a 2,95).
- Economía mayormente controlada (de 3,00 a 3,95).
- Economía reprimida (de 4,00 a 5,00).

Este índice permite comprobar que los países con mayor libertad económica presentan tasas más altas de crecimiento económico a largo plazo y tienen ingresos *per cápita* mayores que los países con menos libertad. En consecuencia, los países más libres son más prósperos y cuentan con mejores niveles de vida.

Lo más importante de esta investigación es la demostración que la distribución mundial de la prosperidad y el nivel de vida no dependen de la ubicación geográfica y ni siquiera de la riqueza natural de los países, sino esencialmente del grado de libertad económica, deducido de la calificación atribuible a los 10 factores citados y que conviene precisar que son: política comercial, carga impositiva, intervención del gobierno en la economía, política monetaria, flujos de capital e inversión extranjera, actividad bancaria y financiera, salarios y precios, derechos de propiedad, regulaciones y mercado negro.

Para comprobar la *relación entre libertad y prosperidad*, cuadro 1, podríamos comparar situaciones extremas, por ejemplo: entre Estados Unidos y Libia, o en el área iberoamericana, entre Chile y Venezuela. Pero parece más interesante centrarse en otros países —que son tenidos por los más pobres— para demostrar que ellos no están condenados inexorablemente a serlo por razón de su geografía y que, de hecho, los que tienen sistemas de economía más libres disfrutan de mayor bienestar. Este es el caso de Bahrein que, con un índice de 1,90 —igual al de Suiza— se califica como libre y ocupa la novena posición en la clasificación general, con un PIB *per cápita* —en 1999— de 12.060 dólares a Paridad de Poder de Compras (PPC).

Cierto es, que este pequeño país ha ocupado un lugar privilegiado en la ruta comercial que une el golfo Pérsico con Occidente y cifra su riqueza básica en la producción de refino de petróleo. Pero podía haber destruido su fortuna si —después de independizarse de Gran Bretaña en 1971— no hubiera mantenido su activo sistema de economía de mercado, como le ha sucedido a su próximo Irán, uno de los países más avanzados de Oriente Medio antes de 1979 y que, a consecuencia de su actual modelo altamente intervencionista, clasificado

Cuadro 1. *Libertad económica y nivel de vida.*

Países	Índice de libertad económica (1)	PIB <i>per cápita</i> (2)
Estados Unidos	1,75	32.000
Libia	4,90	3.000
Chile	2,00	8.410
Venezuela	3,55	5.420
Bahrein	1,90	12.060
Irán	4,70	5.520
Botsuana	2,95	6.540
Zimbabue	4,25	2.690

(1) *The Heritage Foundation.*

(2) En dólares a PPC.

en el índice como de economía reprimida, con un 4,70, ocupa en la clasificación general el quinto lugar por la cola, sólo seguido de Cuba, Irak, Libia y Corea del Norte, con un PIB *per cápita* de 5.520 dólares (PPC), frente a los 12.060 de Bahrein.

Pero más aleccionador es el caso de Botsuana y Zimbabue, dos países subsaharianos vecinos, ambos antiguas colonias de Gran Bretaña, independizados en 1966 y 1980, respectivamente, y ambos ricos en minería. La diferencia está en que Botsuana, desde su independencia, ha estado regida ininterrumpidamente por gobiernos civiles que han practicado una economía mayoritariamente liberal, que le asigna el lugar 68 —sobre 155— al lado de México.

En su conjunto, África Subsahariana es el área económicamente más intervenida del mundo y, por consiguiente, la más pobre. Esta pobreza no se debe a la falta de ayuda extranjera, ya que la asistencia económica *per cápita* a estos países es la más alta del mundo. Las causas de su pobreza son la falta de libertad económica —que se refleja en las políticas que dichos países se han impuesto— y la enorme corrupción sistemática de la mayoría de ellos.

Por consiguiente, los países pobres del mundo sólo lograrán alcanzar una prosperidad y un crecimiento económico verdaderos cuando sus respectivos gobiernos brinden una mayor libertad económica a los ciudadanos y descubran el poder imponente que ofrece el mercado libre. Hay indicios de que algunos de estos países con economías intervenidas, como Senegal, Nigeria, Suráfrica y Tanzania, se dan cuenta de que necesitan cambiar de modelo a fin de poder entrar en la globalización, donde ven está la solución de sus problemas.

Pero para lograr que esta mentalidad se extienda es preciso que las empresas transnacionales —que son los agentes de la globalización— comprendan que si cambian sus modelos de producción y distribución para adaptarlos a las características y posibilidades de estos pueblos —cosa que algunas ya lo han hecho— los países pobres pueden convertirse en mercados muy rentables, como lo prueban, entre otras, en India y Suráfrica.

Lo importante es que las empresas transnacionales —habiendo negociado con el gobierno del país de destino las condiciones administrativas, legales y fiscales— implanten negocios que creen puestos de trabajo y generen salarios para los nacionales, al tiempo que, si se trata de la producción de bienes destinados a la exportación, darán lugar al ingreso de divisas, mejorando la balanza comercial del país, convirtiendo en un lugar atractivo para la inversión extranjera permanente, por parte de las empresas que, en un mundo globalizado, buscan oportunidades de expansión.

Las empresas privadas de los países desarrollados, en general, no se animan a la inversión directa en países donde la calidad del capital humano no ha alcanzado un cierto nivel. Ésta es una razón para crear en estos países instituciones docentes y sanitarias, gobernadas por profesionales de los países de las empresas inversoras en capital directo, las cuales, estando interesadas en la mejora de la calidad de los recursos humanos, puedan ser las promotoras y financiadoras de estos proyectos culturales que, si están bien concebidos, pueden incluso ser rentables.

En resumen, que en vez de oponerse a la globalización porque está proporcionando beneficios sólo a los países que participan en ella, agravando la diferencia entre los paí-

ses globalizados y los no globalizados, lo que hay que hacer es extender la globalización al mayor número de países, no sólo desmontando el egoísmo de los países ricos que cierran sus fronteras a los productos de los pobres, sino intentando por todos los medios posibles que estos países pobres cambien sus modelos de organización socio-política, para que optando por la economía de mercado, poder entrar en la globalización.

Nota

Pienso que este trabajo quedaría incompleto sin hacer mención al «Movimiento Antiglobalización», tan de actualidad en nuestros días, razón por la cual paso a exponer algunas razones de su nacimiento.

Si hay un movimiento social que pueda definirse como «nuevo» y que tenga de verdad una vocación de universalidad nítida, éste es el del «Movimiento de Resistencia Global», también denominado «Movimiento Antiglobalización». Con poco más de una década de edad, es un movimiento que está mereciendo la atención de buena parte de los analistas sociales, no sólo porque su presencia clamorosa en los lugares en que se celebran las grandes cumbres de los poderosos del mundo la hace ser noticia, sino porque está respondiendo a uno de los más graves problemas que tiene nuestro planeta, como es el de la globalización.

Ramonet, uno de sus fundadores y uno de los pensadores que mejor ha sabido alertar ante los peligros que la nueva fase del capitalismo mundial —la de la actual globalización— supone para el mundo entero, ha explicado la génesis y el significado del «Movimiento de Resistencia Global» con gran claridad, aunque, obviamente, puede pecar de cierta simplificación. El «Movimiento de Resistencia Global» se inscribía en un proceso histórico caracterizado por tres fases:

1. El análisis.
 2. La protesta.
 3. Las proposiciones positivas.
1. Para Ramonet, con la caída del muro de Berlín en 1989, se abrió un nuevo momento histórico que, seguida de la implosión de la Unión Soviética, en 1991, provocaría «un adormecimiento momentáneo de lo que podríamos llamar *el* pensamiento crítico». La hegemonía del neoliberalismo y de su proyecto de globalización se hacía por vez primera en la Historia, sin tener un enemigo al que combatir y, lógicamente, sin encontrar demasiada resistencia.

Hasta mediados de los años noventa, los críticos del neoliberalismo se dedicaron «esencialmente a identificar, describir y comprender estos fenómenos». Fue la época en la que se propuso, como concepto de identificación crítico, aquello del «pensamiento único». Una forma también de decir que donde algunos —los ultraliberales— afirmaban que nos hallábamos ante una pura realidad técnica y científica, otros veían concretamente de lo que se trataba: sencillamente de una ideología. La ideología de mercado. El mercado y sus leyes como solución total a los problemas de la sociedad. Y como mecanismo totalitario con vocación de sustituir al Estado y a todos los organismos colectivos. El mercado contra el Estado, lo privado contra lo público.

En esta primera fase, añade Ramonet, se identificaron los principales actores de la globalización y responsables del «gobierno oculto del mundo», cuyos cuatro «ministerios» claves son los que todos ya conocemos por sus siglas: el FMI, el Banco Mundial, la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico y la Organización Mundial del Comercio. En ellos se definen las reglas del juego que los Estados deben aplicar, los temidos «ajustes estructurales». Es la fase del escándalo ante los terribles efectos de las políticas neoliberales.

Las cifras ya las conocemos: en 30 años, los recursos del 20% más rico se multiplican 50 veces más que las del 20% más pobre. La mitad de la humanidad vive con menos de dos dólares diarios, 225 personas poseen tanto como 2.500 millones.

2. La fase de protesta, ante esta escandalosa situación, comienza en enero de 1994, con la insurrección zapatista, liderada por el subcomandante Marcos, que: «teoriza la articulación entre globalización planetaria y la marginación de los pobres del Sur». Enseguida vendrá una ola de protestas de gran envergadura en los países desarrollados, como el Movimiento Social Francés de 1995 —y así hasta nuestros días— todas las manifestaciones y protestas vinculadas a nombres de grandes ciudades o lugares ya conocidos como: Seattle, Washington, Praga, Okinawa, Niza, Quebec, Goteborg, Barcelona, Génova, etc.
3. La fase de las proposiciones positivas, la sitúa Ramonet en Porto Alegre, símbolo de una ciudad modélica, desde el punto de vista de gestión democrática de los problemas, y en donde se celebra un Foro Social Mundial, concebido como la alternativa a Davos, que como sabemos, fue la sede escogida por el neoliberalismo hace ya más de medio siglo para incubar su proyecto y el símbolo del mundo rico, del «Mundo de Davos». Allí se reúnen los amos del mundo.

En Porto Alegre no sólo se participó en una protesta, como en otros lugares, sino que se construyó un nuevo consenso que —en gran medida— puede servir de referente para comprender el «Movimiento de Resistencia Global». Para Ramonet, Porto Alegre es un momento inaugural de una gran trascendencia: «El nuevo siglo empezó en Porto efectivamente en Porto Alegre, y los fanáticos de la globalización saben que las cosas probablemente ya no serán como antes. Porque se ha comenzado a entrever que otro mundo es posible. Un mundo en el que se suprimiría la deuda externa; en el que los países pobres del Sur jugarían un papel más importante; en el que se pondría fin a los ajustes estructurales; en el que se aplicaría la Tasa Tobin en los mercados de divisas; en el que se suprimirían los paraísos fiscales; en él se aumentaría la ayuda al desarrollo y en el que éste no adoptaría el modelo del Norte ecológicamente insostenible; en el que se invertiría masivamente en escuelas, alojamiento y sanidad; en el que se favorecería el acceso al agua potable de la que carecen 1.400 millones de personas; en el que se obraría seriamente por la emancipación de la mujer; en el que se aplicaría el principio de precaución contra todas las manipulaciones genéticas y en el que se frenaría la actual privatización de la vida. En suma, un mundo en el que el «consenso de Washington» sería por fin sustituido por este nuevo consenso de Porto Alegre.

Esta presentación diacrónica que Ramonet hace del «Movimiento Antiglobalización», sirve para hacer patente la novedad del Movimiento y, a la vez, para subrayar que estamos ante un fenómeno cuya envergadura y trascendencia histórica no es fácil de pre-

ver. Sin caer en optimismos infundados, se puede afirmar que estamos asistiendo a una nueva percepción y asunción de la llamada «cuestión mundial». Así como en el siglo XIX Occidente se planteó la «cuestión social», que quería dar cuenta de la situación de miseria, de explotación y de injusticia en que vivía una gran parte del pueblo, y se explicaba la respuesta conflictiva, y las luchas sociales y políticas del proletariado —como un intento de cambiar dicha situación— en nuestros días, esta «cuestión social» adquiere un alcance mundial, ya que, por un lado, la situación de miseria y de injusticia afecta a la mayoría de la humanidad y, por otro, las amenazas que la globalización genera en las mismas sociedades ricas, tienen también un alcance global.

La globalización se ha convertido en la «cuestión mundial» de nuestro siglo y el «Movimiento Antiglobalización» puede estar situándose en el corazón de dicha cuestión, desplazando a un segundo plano a las instituciones sociales y políticas convencionales, que parecen haberse resignado a convivir con ella, sin poder cambiar el rumbo de Davos.

Una observación final salta a la pluma ante la consideración de que todos los movimientos señalados —considerados de izquierdas y de extrema izquierda— reniegan de los principios de las teorías marxistas en las que las soluciones se centran en un *Leviatán* que engulle toda clase de libertades. Al contrario se buscan salvadores en instituciones que se ponen al servicio de la humanidad.

Es verdad que, paradójicamente, los mismos organismos internacionales, dirigentes políticos e intelectuales orgánicos de los poderes mundiales, han alertado ante los riesgos de no abordar adecuadamente la «cuestión mundial».

Ante el lamentable espectáculo de pobreza, exclusión social e injusticia y desigualdad crecientes, no faltan las advertencias que, desde el *establishment*, se expresan así:

«El mundo parece avanzar inexorablemente hacia un género de acontecimientos trágicos que los historiadores del futuro analizarán preguntándose, por qué no se hizo nada por atajarlos a tiempo.»

